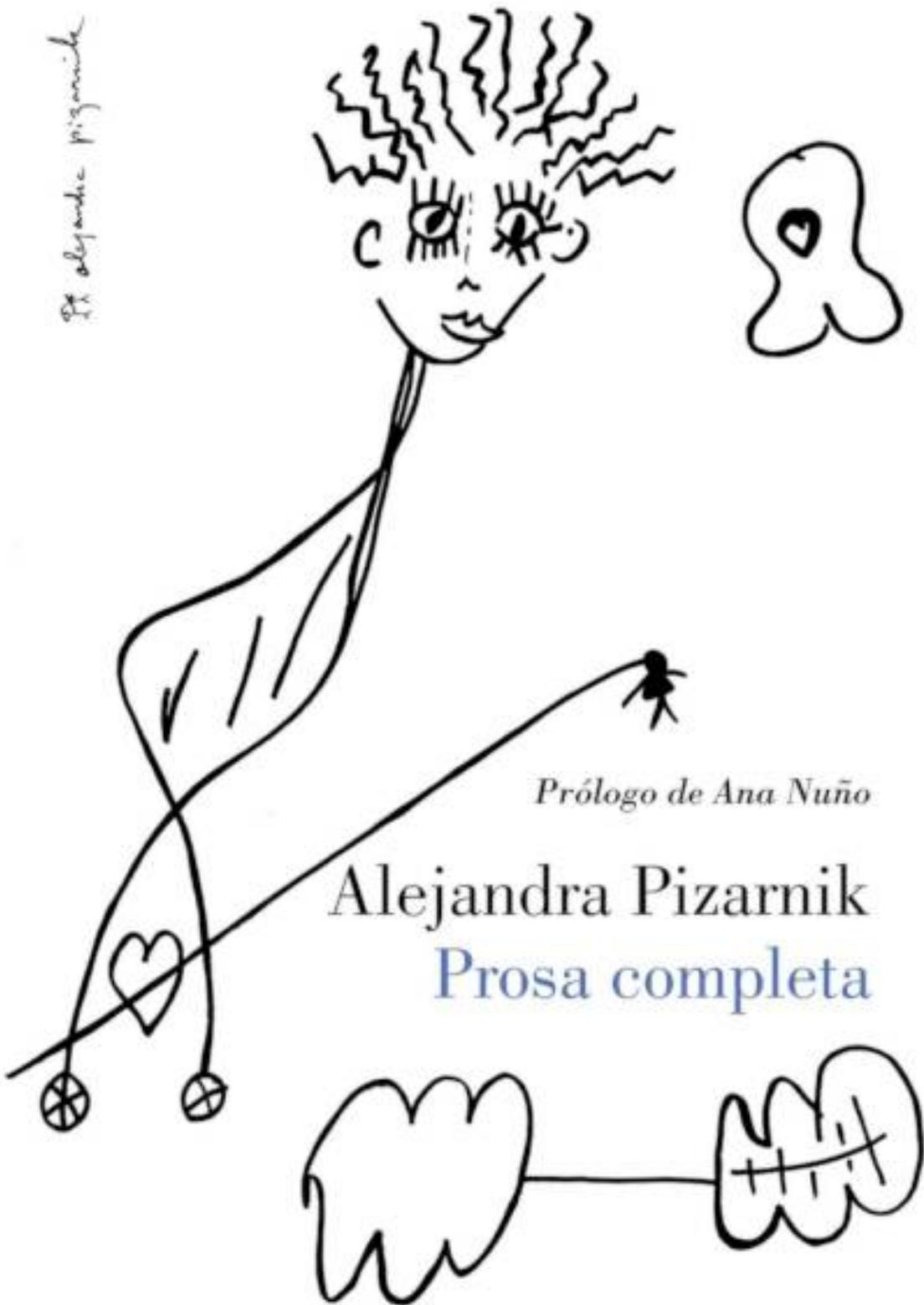
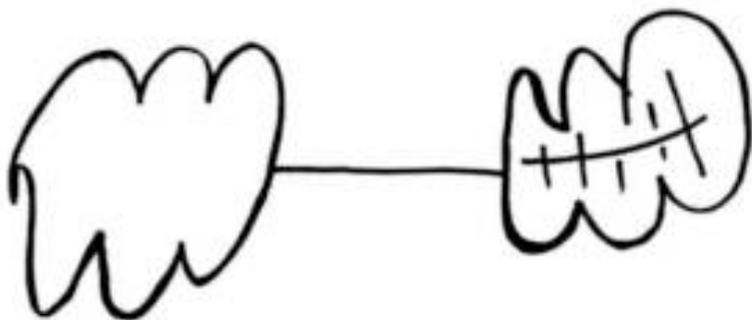


Alejandra Pizarnik



Prólogo de Ana Nuño

Alejandra Pizarnik
Prosa completa



En el prólogo a esta *Prosa completa* de la mítica poeta argentina Alejandra Pizarnik, Ana Nuño nos habla de este libro imprescindible y esperadísimo en los siguientes términos: «El interés que presenta esta edición, respecto del ominoso imperativo de la novedad editorial, es triple: ofrece una ordenación cronológica de un material que en su momento fue recogido en volumen, tanto en Argentina como en España; rescata textos, sobre todo, mas no exclusivamente, de crítica literaria de la autora, publicados originalmente en revistas literarias de difícil consulta, y da a leer este conjunto como un todo, lo que le permite subrayar la coherencia y correspondencias múltiples entre prosa de creación y prosa ensayística, por un lado, y, por otro, entre el conjunto de la prosa y la obra poética. Conviene destacar dos aspectos de la prosa de Pizarnik. Los relatos, en primer lugar, cuajados de motivos y figuras recurrentes en la obra poética: la seducción y la nostalgia imposibles, la tentación del silencio, la escritura concebida como espacio ceremonial donde se exaltan la vida, la libertad, y la muerte, la infancia y sus espejismos, los espejos y el doble amenazador... Importa menos, en este sentido, la extensión de los relatos que la intensa concentración en ellos de un trabajo de escritura que busca exaltar los poderes del lenguaje. Éste es —y no la muerte o la locura o el suicidio— el gran motor de la obra de Pizarnik».

Índice de contenido

Prólogo

I. Relatos

Escrito en España
Santiago de compostela
santiago
santiago-catedral
La noche de santiago
en el camino santiago-león
el escorial
El escorial
madrid
En contra
Un rostro
Las uniones posibles
Palabras
Descripción
Diálogos
Desconfianza
Devoción
Niña entre azucenas
Violario
La verdad del bosque
Tragedia
Niña en jardín
A tiempo y no
Una traición mística
Los muertos y la lluvia
El hombre del antifaz azul
La caída
El centro del mundo
Cuando nada pasa

Relaciones sociales
La conversadera
Tangible ausencia
Toda azul
Cuidado con la pintura
Esbozo
Aprendizaje
Con horarios
Dificultades barrocas
Juego tabú
Ejercicios sobre temas de infancia y de muerte
Casa de citas
Retrato de voces
La muñeca negra

II. Humor

Historia del tío Jacinto
Jornada II
Jornada III
[Textos]
II
III
VI. El erotómano
La bucanera de Pernambuco o Hilda la polígrafa
Índice ingenuo (o no)
Índice piola
Praefación
Aclaración que hago porque me la pidió V.
Helioglobo —32—
La pájara en el ojo ajeno
La viuda del ciclista
El gran afinado
Innocence & non sense
Abstrakta
En alabama de heraclítoris
La polka
Anuncio
Cinabrio en cimabue

Diversiones públicas
Aspasia o la peripecia
La escrita
La siringa de las damas fenicias
Una musiquita muy cacoquímica
La justa de los pompones
El textículo de la cuestión
La bucanera de pernambuco o hilda la polígrafa
El periplo de Pericles a Papuasias o el prebisterio no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su esplendor

III. Teatro

Los perturbados entre lilas

IV. Artículos y ensayos

Humor y poesía en un libro de Julio Cortázar: «Historias de cronopios y de famas»

Relación varia de hechos, hombres y cosas de estas Indias Meridionales (textos del siglo XVI)

Pasajes de Michaux

La pintura

La música y el silencio

La mirada de la infancia

Silencios en movimiento

Alberto Girri: «El ojo»

Antología poética de Ricardo Molinari

Un poeta errante

Nostalgia de otro espacio

Artificios

Un equilibrio difícil: «Zona Franca»>

Una tradición de la ruptura

El modernismo y rubén darío

Ramón lópez velarde

Fernando pessoa

Luis cernuda

Nota sobre un cuento de Julio Cortázar: «El otro cielo»

Dominios ilícitos

Sabios y poetas

Relectura de «Nadja», de André Breton

I

II

III

El verbo encarnado

André Pieyre de Mandiargues: «La motocicleta»

Humor de Borges y Bioy Casares

La Condesa Sangrienta

La virgen de hierro

Muerte por agua

La jaula mortal

Torturas clásicas

La fuerza de un nombre

Un marido guerrero

El espejo de la melancolía

Magia negra

Baños de sangre

Castillo de csejthe

Medidas severas

V. Prólogos y reportajes

Prólogos a la antología consultada de la joven poesía argentina

El poeta y su poema

El poema y su lector

Intento de prólogo al estilo de ellos, no del mío

Apuntes para un reportaje

Reportaje para «El pueblo», Córdoba, 17 de abril de 1967

8 preguntas a escritoras, actrices, mujeres de ciencia, de las artes, del trabajo social y del periodismo

Respuestas

Algunas claves de Alejandra Pizarnik

Sobre la autora

PRÓLOGO

No es la vocación de un prólogo contradecir o desalentar al lector. Sería deshonesto y aun descortés, sin embargo, no poner de pórtico a la prosa reunida de Alejandra Pizarnik una advertencia: vosotros que entráis en este universo habéis de abandonar los lugares comunes que acompañan el nombre de esta escritora. Son los mismos, por cierto, que lastran la recepción de las obras de otras escritoras: locura y suicidio. En el caso de Pizarnik, la mitificación de su muerte ha acabado produciendo una especie de «relato de la pasión» que la recubre con el velo de un Cristo femenino. Este relato reitera siempre el asunto del *mal de vivre* de la argentina, transponiéndolo en clave de suicidio. Graves son las consecuencias de la patología que consiste en «ligar» de esta manera vida y obra. La melancolía, la soledad y el aislamiento, cuando se ponen de manifiesto en la escritura de una mujer, son rasgos que admiten ser interpretados como la prueba de un desequilibrio psíquico de tal naturaleza, que puede conducir a su autora al suicidio o la locura. Si es varón el escritor, en cambio, y su obra o vida o ambas manifiestan parecida contextura —la lista es larga, de Hölderlin y Rimbaud a Kafka y Beckett—, ésta suele recibirse como una confirmación del talante visionario del hacedor. De más está decir que las desviaciones o sencillamente hábitos de un escritor son argumentos folletinescos, no criterios de lectura de una obra literaria. La muerte de Pizarnik, háyase suicidado o no, es tan relevante para la compren-

sión de su obra como el gas y el horno en un gélido apartamento londinense para la de Sylvia Plath.

Alejandra Pizarnik buscaba, como ella misma confesaba en uno de los textos recogidos en este volumen, una «escritura densa y llena de peligros a causa de su diafanidad excesiva». De que lo logró plenamente da fe su obra poética, recogida en el tomo *Poesía Completa* también editado por Lumen. Esa escritura es fuente de una incesante perplejidad: ¿cómo puede soportar tantos registros de voz sin que peligre gravemente su unidad y coherencia? Este hecho es, de entrada, lo que sorprende, pero se trata de una impresión superficial, que una lectura más atenta se encarga de disipar, y que se desvanece del todo tras la lectura de los textos en prosa aquí reunidos por vez primera —relatos, piezas de teatro, artículos, ensayos—, algunos de ellos no recogidos previamente en volumen. Tanto como los poemas, la prosa de Pizarnik está recorrida por la misma exaltación que Anna Ajmátova reconocía en la escritura poética de Marina Tsvietáieva; una exaltación que eleva las palabras y que hace que, al *iniciar* un texto —poema o prosa—, el plano en el que se sitúa la voz sea el mismo que por lo general alcanzan los grandes poetas cuando *acaban* los suyos.

El interés que presenta esta edición, respecto del ominoso imperativo de la novedad editorial, es triple: ofrece una ordenación cronológica de un material que en su momento fue recogido en volumen, tanto en Argentina como en España; rescata textos, sobre todo mas no exclusivamente de crítica literaria de la autora, publicados originalmente en revistas literarias de difícil consulta, y da a leer este conjunto como un todo, lo que permite subrayar la coherencia y correspondencias múltiples entre prosa de creación y prosa ensayística, por un lado, y, por otro, el conjunto de la prosa y la obra poética. De la resonancia entre estas dos últimas, el caso más flagrante lo ofrece la pieza de teatro

Los perturbados entre lilas, donde se reconocen numerosos ecos de *El infierno musical*.

Conviene destacar dos aspectos de la prosa de Pizarnik. Los relatos, en primer lugar, cuajados de motivos y figuras recurrentes en la obra poética: la seducción y la nostalgia imposibles, la tentación del silencio, la escritura concebida como espacio ceremonial donde se exaltan la vida, la libertad y la muerte, la infancia y sus espejismos, los espejos y el doble amenazador... Su adscripción a este género podrá parecer a algunos dudosa. Aparte el hecho que la autora los considerara como tales, y que tanto estilística como rítmicamente difieran de sus mal llamados «poemas en prosa», no pocos de ellos se inscriben en una tradición canónica en el ámbito literario francés que a la autora le era especialmente cara, y que tiene como figuras señeras, en su caso, a Lautréamont, Henri Michaux y Georges Bataille. Autores admirados por Pizarnik, a los que hay que agregar a André Pieyre de Mandiargues, a quien conoció personalmente. Importa menos, en este sentido, la extensión de los relatos que la intensa concentración en ellos de un trabajo de escritura que busca exaltar los poderes del lenguaje. Éste es —y no la muerte o la locura o el suicidio— el gran motor de la obra de Pizarnik, cuyo funcionamiento exponen sobremanera los textos reunidos en el apartado «Humor». Aquí estamos en el laboratorio mismo de su escritura. No ha de extrañar, pues, que su sentido del humor —nutrido de una capacidad transgresora del lenguaje que se origina tanto en su afición a *Alicia en el País de las Maravillas* como en la sensibilidad yiddish de la que bebió en su infancia— se manifieste a través de una operación de desenfadado y jocoso vapuleo de las palabras, que casi siempre produce sorprendentes e iluminadores efectos de sentido. El *sumum* de este modo de escritura encarna en «La bucanera de Pernambuco», algunos de cuyos pasajes igualan o superan los delirios anagramáticos de Raymond Roussel. Después de leer estos textos, se comprende mejor la extraordi-

naria complicidad que había entre Pizarnik y Julio Cortázar. Además de su «obra seria», que constituye en ambos casos una de las experiencias más plenas de la lengua castellana, son los *cronopios* indiscutibles de nuestra tradición literaria.

ANA NUÑO

I

RELATOS

ESCRITO EN ESPAÑA^[1]*Santiago de Compostela*

Habían traído la reliquia, trajeron la mano de San Pablo, plateada la mano en la blanca mano salida de una túnica roja. Pueblo aplaudiendo; mujer vieja de negro lloraba, desdentada, temblorosa, huesos crujiéndole, se abren en su cara, se abrían como flores sus ojos celestes (rojo de la sotana, plata de la reliquia), temblequeando trémula en honor de la mano pura, la mano santa, la mano que dará o daría o habría de haber dado.

En la noche al borde de la ventana riéndonos de las sombras del patio contiguo al comedor del hotel. La sombra de un comensal. La sombra de un cuchillo. La sombra de un tenedor. La sombra de un ave. La sombra de una mano alzando la sombra de un tenedor hasta la sombra de una boca. Riéndonos de las sombras, ojos tuyos llenos de risa, tus manos, la noche, lo mío, lo tuyo, la noche, por favor, todo tan extraño, la noche.

santiago

La mirada abierta que es un cofre, un lugar de ofrendas: óbolo el árbol y el valle, óbolo el mendigo y la cieguita cantora, el gitano manco, el hombre de la cornamusa —su cara en perpetuo temblor, los ojos alucinados, gritando «no, no, no» en la Plaza de los Literarios en donde tres viejas de negro mirándome

—y cómo hace para saber si es mocita o mocito con esos pantalones

—señora —dije— me miro entre las piernas

—por la noche bebo anís y cognac; por la noche bebo sol y sombra —decía el dulce muchachito, decirte cómo canta en la medianoche, beber sol y sombra de una manera otra que aliando anís y cognac: todos los secretos del sol, todos los de la sombra, los de la vibración...

Si je mourais-là-bas... enterre-moi dans tes yeux. Por ti todas las canciones del mundo *todas las aves do mundo d'amor dizíam.*

santiago-catedral

En la catedral. Los grandes ángeles, los fríos ángeles. Los dedos de los peregrinos habiéndose posado tantos siglos en el mármol de la columna hay ahora cinco hendiduras en las que introduje mis dedos (ayer soñé que le decía: tu avais la couleur effroyable du marbre). Cantaban los niños del coro, voces subiendo hacia donde se dice que se las oye. Al cerrar los ojos vi una nube en forma de mujer de negro ofrendando un pequeño animal muerto que fue dulce que fue sedoso que fue sediento.

Cuando San Jorge patas del caballo aún el animal parecía sufrir izadas en imaginario balanceo sobre cabeza rota de-

capitada. Cuando San Jorge lejos de la cabeza cortada sufrimiento en las caras aún el animal parecía sufrir.

LA NOCHE DE SANTIAGO

Para que una iglesia de fuego abierta en la noche revele una iglesia de piedra luces constelan el instante:

ramo de luces rosadas

ramo de luces verdes

ramo de luces lilas

ramo de luces azules

rosadas verdes

lilas

bajo la lluvia.

Cuando estalla el aro de fuego verde vivamente abrazado al aro de fuego azul vivamente abrazado al aro de fuego lila. Criaturas de negro en la lluvia —tout le monde attendait quelque chose. La lluvia sobre nosotros pero los fuegos tenían tiempo de vibrar, de restallar, de danzar unos segundos.

Cuando se arquearon en la niebla ramalazos de crudas luces ingenuas en honor de Santiago yo comprendí —en el jardín, entre niños asustados— que yo, en la niebla (luces ingenuas), no había podido comprender crudas luces en aquel jardín en donde de niña asustada debí comprender cuando se arqueaba la lluvia en ramalazos turbios, grises.

Criaturas en la niebla —tout le monde attendait quelque chose. Contemplar los fuegos de artificio, decirse profundo, gritarse en la boca de la caverna, anunciarse que algo

restalla en la niebla. Una propuesta o algo, en fin, a modo de respuesta o dulce o nefasta, o algo, en fin, a modo de voz venida de la exterioridad más pura.

Pero un restallido en el aire o niebla o lluvia no puede apaciguar, no cerrar una herida.

No cierra una herida una campana. Una campana no cierra una herida. Fue la noche de Santiago. Llovía moroso en el jardín del Hostal. Me voy a ver los fuegos —dijo— con la gente de negro que vino de muy lejos a ser cuerpo presente (en la plaza iluminada por fuegos que se suceden cada vez más vertiginosos porque la lluvia impedía su natural despliegue, evolución y muerte). Sí —dije— vé, vé, vé (sintiéndome, oh siempre, en el centro exacto del abandono). Vi sus ojos en el resplandor cortado de oscuridades hirientes, súbitas. Vi sus ojos en el sonido de la tormenta, en los colores ardiendo como pájaros muy efímeros. Que se vaya —me dije— yo no pretendo, no intento, no comprendo. No me dejes —dijo— no me exiles de ti. En lo alto, en lo puro del abandono. Llámame a mí pequeña abandonadora. Antes de desaparecer vi sus ojos no comprendiendo. Trémulo gesto de mi cara para ir a llorar importantemente en la noche del no se sabe quién es abandonado.

en el camino santiago-león

Aquello de un único crepúsculo. De un solo solitario gesto de abandono. El haber visto la nube rosada, la nube de un rosa incinerado; rosa y gris era y era una amenazadora rosa quemada. Detrás, verde y oro. Tan luminosos. Cortejo de nubes grises, rosadas, verdes. Sobre todo la fragancia men-